





pregón de la

38

feria del libro

antiguo y de ocasión

lorenzo silva

sevilla noviembre

2

●

1

5



**C**reo que debo confesarlo de entrada: no soy bibliófilo. No lo soy, al menos, en el sentido en el que usualmente gira esa palabra. No me obsesionan las primeras ediciones, ni los ejemplares autografiados, ni los libros raros. Muchos de los cinco o seis mil libros que hay en mi biblioteca corresponden a ediciones baratas, algunas incluso ínfimas. He regalado sin pestañear a amigos que sí padecen alguna de las pulsiones antes indicadas mis primeras ediciones de alguna que otra novela publicada en las últimas décadas. Como viajero frecuente, puedo leer en formato electrónico casi cualquier cosa, y disfrutarla de manera semejante a como disfruto la buena literatura impresa en papel.

Y sin embargo, eso no quiere decir que no ame los libros, o que no establezca

con algunos de ellos vínculos afectivos de especial intensidad. Sencillamente, tengo mis reglas personales al efecto, que no parecen coincidir con las que comúnmente imperan en la comunidad bibliófila. Inmenso cariño le tengo, por ejemplo, a mi ejemplar de *La naranja mecánica* de *Anthony Burgess*, una edición infecta y deteriorada que para más inri adquirí en un tenderete de lona puesto en la arena de una plaza del Rastro madrileño por la módica suma de 10 pesetas. Y siempre que lo reencuentro en mi estantería, acaricio con delectación el lomo de mi ejemplar de *La invención de Morel*, perteneciente a una zarrapastrosa edición de quiosco que sacó Seix Barral hace alrededor de tres décadas, y que permitió al insolvente que yo era poseer por un precio ridículo esa y otras joyas de la literatura contemporánea. Por ejemplo, otro de mis libros adorados: la edición en esa misma colección, en dos tomos, del *Octubre, octubre* de José Luis Sampedro. Dos tomos a los que les pude añadir el valor de la firma del maestro, estampada en uno y otro con treinta años de intervalo: el primero me lo

firmó, a instancias de mi madre, que lo vio en cierta ocasión, cuando él y yo aún no nos conocíamos. El segundo, mucho después, cuando ya habíamos compartido más de una aventura y podía atribuirme el honor de considerarme su amigo. He dicho antes que no tengo especial querencia por los libros autografiados por el autor, pero cuando el autógrafo es de alguien a quien se quiere de veras, del hombre de mayor estatura moral con el que jamás se ha cruzado tu camino, la cosa cambia. Deja de ser un autógrafo para convertirse en prueba de la felicidad y la fortuna de haberle conocido.

Confieso, no obstante lo anterior, que en alguna ocasión mi corazón ha consentido en apegarse a un libro por alguna razón que no está muy lejos de las que suelen alegar los bibliófilos. Verbigracia, la antigüedad. Uno de mis libros más queridos es un ejemplar impreso en 1901 en la imprenta de la Misión Católica de Tánger, que tiene como autor a un tal Reginaldo Ruiz Orsatti (quien a la sazón se titula como aspirante a joven de lenguas en la Legación de España en Marruecos). El libro se llama *Guía de la conversación* y viene

a ser una suerte de método elemental para el aprendizaje del árabe marroquí. Es un libro que no compré: lo heredé de mi abuelo Lorenzo (de hecho, es todo el patrimonio material que de él me llegó), quien se lo agenció en algún momento entre 1920 y 1926, el periodo que pasó como soldado y después sargento en la guerra de Marruecos. El libro, pequeño, humilde y de páginas amarillentas, conserva entre los arabescos de su hermosa tipografía las anotaciones a lápiz de mi abuelo. El testimonio de los esfuerzos de ese joven soldado por entender a los hombres contra los que combatía y que también, encuadrados en tropas indígenas, luchaban a veces codo a codo con él. Es un libro, sí, pero es mucho más: es el testimonio vivo de una página de la historia de mi país y de mi familia, un vestigio de quienes me precedieron y todavía bullen en mis venas y a quienes algo se debe lo que fui, soy o pueda llegar a ser. Reconozco que vuelvo con cierta frecuencia al estante donde lo guardo, junto a mis restantes libros sobre Marruecos, e incurro en el acto lujurioso de pasar las yemas de mis dedos



por su lomo o sus tapas, antes de abrirlo y buscar alguna de las palabras que mi abuelo subrayaba, dejando así constancia de lo que le interesaba o preocupaba de manera especial mientras soportaba los rigores de una dura y larga campaña en tierra tan hostil.

En ese mismo estante guardo otros libros antiguos a los que concedo valor por ese hecho, pero sobre todo porque nunca fueron reeditados y porque poseerlos en aquellas remotas y más bien limitadas ediciones originales es la única manera de tenerlos. Testimonios en muchos casos de hombres humildes enviados por motivos varios a aquel matadero norteafricano, de ningún modo intelectuales o letraheridos, pero que vivieron historias tan intensas que se vieron obligados a escribirlas, aun sin ser escritores. Entre todos ellos destacan las *Memorias del Cautiverio* del sargento Basallo, uno de esos héroes a su pesar que sin tener apenas conocimientos de medicina trató y salvó la vida a decenas de compañeros durante el año y medio largo que pasaron, en condiciones infrahumanas,

prisioneros de los rebeldes rifeños. Un libro repleto de historias desgarradoras y emocionantes, como la del cabo Horacio Correa, que al enterrar los cadáveres esqueletizados de los españoles que habían quedado diseminados por los campos tras la matanza de Annual, besaba a todos en la calavera antes de darles sepultura. Todavía bendigo el día que lo encontré, en una feria del libro antiguo de Madrid.

No hace mucho me las arreglé para adquirir otra joya que guardo con aprecio, aunque se trata de un libro de apariencia deleznable, poco más que un folleto: me refiero al suplemento al número 9 de la revista “España en África”, correspondiente al 15 de enero de 1906, que recoge el discurso de Joaquín Costa titulado *Los intereses de España y Marruecos son armónicos*. Quizá la más hermosa pieza del africanismo español, portador de una clarividencia que no ha sido superada, ni siquiera igualada, por los gobernantes de un país que tradicionalmente ha adolecido de una torpeza insigne en sus relaciones con sus tres vecinos. Un mensaje que

resume en aquella frase que los europeos, y singularmente los españoles, persistimos para nuestro mal en ignorar: “El estrecho de Gibraltar no es un tabique que separa una casa de otra casa; es, al contrario, una puerta abierta por la Naturaleza para poner en comunicación las dos habitaciones de una misma casa”. Desembolsé bien a gusto los 20 euros que me costó esta publicación hoy por hoy inencontrable, pero no por su porte material, escaso y ajado, sino por lo que lleva dentro.

Con esto vengo a desembocar en lo que quería expresar aquí esta noche, que es sobre todo un testimonio de gratitud. De gratitud, en primer lugar, a los hombres y mujeres que escribieron todos los libros que me ha sido dado tener o simplemente hojear, y en los que he podido saborear como en pocos otros lugares la dicha de ser humano y poder entenderme a través de un idioma, o de varios de ellos, con mis semejantes. En segundo lugar, hacia los hombres y las mujeres que con su esfuerzo y su amor los compusieron, maquetaron o imprimieron, en condiciones muchas

veces difíciles o incluso peligrosas y, contrariamente a lo que suelen decir con frivolidad solo comparable a su ausencia de escrúpulos los apóstoles de esa moda actual y miserable del robo digital de libros, perdiendo las más de las veces dinero y sólo muy excepcionalmente enriqueciéndose con ello. Y en tercer y último lugar, a los libreros que ponen sus establecimientos al servicio de esos libros cuando aún huelen a tinta fresca, pero también muchos años después, cuando han perdido el resplandor de la novedad y sobre ellos se cierne la amenaza del olvido. No olvido que el lector que soy ha podido encontrarse con alguno de esos libros porque hubo libreros que los atesoraron y guardaron, esperando el día en que ese lector improbable al que estaban predestinados se tropezaría con ellos. Pienso a menudo en uno de mis pocos libros realmente valiosos, una primera edición de *Radetzky Marsch*, de Joseph Roth, impresa en 1932 en Berlín por la casa Kiepenheuer, magníficamente conservada, y que cayó en mis manos en una librería de viejo de Varsovia que sólo me pidió un euro

a cambio. Qué recorrido pudo hacer ese libro, cuántos años estuvo yaciendo en aquel destartalado almacén, aguardando a que un español pasara por allí para llevárselo a la tierra manchega donde ahora comparte destino con libros mucho más jóvenes, que ni su primer dueño ni su autor pudieron leer jamás. Qué extraños milagros procura el afán de búsqueda de quienes leen, por un lado, pero también, por otro, la vocación del verdadero librero de no dejar que nada valioso dado al papel se pierda y deje de reunirse con quien sabrá apreciarlo.

No olvido, en fin, que yo mismo soy autor de libros, y que de la primera edición de alguno de ellos ya va haciendo tantos años como para poder entrar en ese circuito de los libros viejos y los lectores que por diversas razones los buscan. No olvido que son estos lectores a quienes todos los que aquí estamos debemos nuestra gratitud primera. Hay entre los escritores a quien le deprime pensar que sus obras, que un día no lejano fueron rutilantes novedades, serán, otro día que tampoco tardará en llegar, volúmenes polvorientos revueltos con otros desaparejos

en el cajón o los anaqueles de una librería de lance. A mí, por el contrario, esa imagen me hace pensar en el momento en que yo mismo, como lector sin hacienda, experimenté la alegría ingente de tropezarme, usados y por tanto a un precio asequible a mi escaso peculio, alguno de esos libros que luego han sido importantes en mi vida. O en esos otros encuentros que, ya cuando pude comprar libros sin que se me resintiera dolorosamente el bolsillo, tuve con obras escritas y perdidas mucho tiempo atrás. Y es que conviene que sepamos que el tiempo nos hará a todos raros y anacrónicos, y que en ese trance, serán nuestros benefactores quienes no hayan querido por ello tirarnos al contenedor.

Concluyo y reitero, como lector y como escritor de libros, mi agradecimiento a quienes en tiempos de la cultura desechable, de esa irremediable pérdida del aura de toda obra de arte, que el lúcido Walter Benjamin anticipó hace casi ochenta años, mantienen contra viento y marea el amor y el aprecio por los frutos impresos del ingenio humano. Cada uno tendrá sus motivos, y al igual que

yo no comparto exactamente los de otros, no espero que nadie comparta exactamente los míos. Lo que espero, y hoy por hoy celebro, es que sigamos existiendo gentes lo bastante extravagantes, lo bastante ingenuas y lo bastante rebeldes como para creer que merece la pena, por lo que tiene dentro, por lo que desde fuera luce, o por la suma de ambas cosas, entregarle nuestro afecto a ese objeto con alma que llamamos libro.

*Getafe, 6 de noviembre de 2015*

ESTE PREGÓN FUE LEÍDO POR  
D. LORENZO SILVA  
EL JUEVES 12 DE NOVIEMBRE DE 2015 EN EL  
CÍRCULO MERCANTIL E INDUSTRIAL DE SEVILLA  
SE HAN IMPRESO 200 EJEMPLARES PARA ALGUNOS DE  
LOS VISITANTES A LA FERIA QUE ACREDITEN  
SU AMOR A LOS LIBROS.

